

El ojo antropológico en el trabajo social con inmigrantes

Una mirada llena de vida y con una luz especial, que ha llegado desde Afganistán, pasando nueve fronteras, arriesgándolo todo. Durmiendo en camiones contenedores, junto a otros tantos desconocidos, unidos por algo en común, en momentos como ese, el instinto de supervivencia. Sin agua y sin comida suficientes durante más de veintidós días. A punto de perder la vida en Grecia, en pleno mar abierto y con altercados con la mafia en Atenas.

Mohammad lo ha arriesgado todo para poder venir a Alemania, lo puso todo en manos de la mafia irana, para poder empezar una nueva vida en Europa. Sin violencia, sin bombas, sin la tristeza, tan integrada en la idiosincracia afgana y con libertad de expresión. Al menos ese era el futuro que él ansiaba conseguir.

Tras casi dieciséis meses de permanencia en Alemania, la deportación es casi un hecho. Afganistán es ya un país seguro, desde hace meses. Ya no hay motivo, según el Gobierno alemán, para una permanencia en el país bajo un estatus de refugiado. Las palabras que Mohammad va leyendo en la decisión final del Ministerio de Inmigración y Refugiados, se clavan en su pecho como estacas. Pensamientos de su huida hacia la esperanza, vuelven de los recónditos lugares de su memoria y le nublan su mirada. Nadie puede creerlo, incluso yo. En menos de un año Mohammad, habla casi un perfecto alemán. Ha tenido la posibilidad de trabajar en el sector gastronómico y justo ahora, antes de empezar a recoger los frutos de tanto esfuerzo, justo cuando una perspectiva de estudios se abría frente en su vida... esto. Un rotundo e injustificado no.

La lucha aun no ha acabado del todo, aun queda una última carta sobre la mesa. La reclamación ante el Juzgado, de sus derechos, pues Afganistán no es un país seguro. Los Talibanes están aun presentes en la sociedad, en la burocracia y en la justicia. Si bien es cierto que, en determinadas regiones como Kabul, debido a su gran magnitud demográfica, se goza de anonimidad y en cierto modo protección. La posibilidad de un ataque radical es siempre incierto.

Todas estas vivencias y todas estas reflexiones son posibles, gracias a mi visión antropológica del Trabajo Social. El entendimiento del otro, desde un punto de vista interdisciplinario. Lo que, durante mis estudios de la Licenciatura de Antropología Social y Cultural, se nos daba a conocer como el ojo antropológico. La Antropología fue la precursora de la relación usuario – trabajador social tan positiva de la que puedo alardear en mis años de experiencia en el trabajo social con inmigrantes.

El trabajo social desde la Antropología permite el contacto con el usuario a un nivel más íntimo. Sin entender esto como algo falto de profesionalidad, sino más como un mayor entendimiento del otro. Su cultura, sus ideales, sus sentimientos y vivencias en una sociedad muy diferente a la suya de partida y por qué no, su idioma. El hecho de hablar, aunque solo sea a un nivel muy básico, el idioma del usuario, aporta a esa relación profesional una buena base de confianza y empatía. Incluso al ir más allá e indagar en la forma de expresarse en los diferentes idiomas se puede entender aun más la mentalidad del otro. Lo cual añade automáticamente, al menos para mi, respeto hacia el usuario.

Así es, en mi más sincera opinión, cómo se dota a mi trabajo de eficacia y éxito. Pues parto del entendimiento de ese otro, sin ideas preconcebidas y desde unas líneas más claras de comunicación e insisto, el usuario confía, lo cual conlleva a un mayor intercambio de información, porque para el está claro que, me intereso por su situación y que realmente me interesa el como persona y no como un informe, con un número de expediente.

Sin embargo Mohammad deberá seguir luchando por sus derechos. Sin dejar de aprender cada día algo más de la cultura y sociedad alemana. Hemos ganado un poco de tiempo, o a lo mejor, mucho. Pues este tipo de procesos duran, a veces, eternidades. Como trabajadora social y antropóloga, yo solo espero, que esa eternidad no acabe bombardeando sus ganas de seguir adelante. Es lo que yo llamo, el trauma tras el trauma. Un gran porcentaje de las personas que han tenido que huir de sus países en guerra, se ven afectados por un trastorno postraumático.

Noches sin dormir, en las que, sin saber porqué Mohammad dice, se despierta con un fríosudor, que le recorre el cuerpo. Envuelto en un halo de terror, de miedo. Sobresalto. Tensión muscular máxima. Listo para la huida. Hiperventilación. Levantarse de un salto para encender la luz del cuarto y darle a su mente y cuerpo la posibilidad de percibir y analizar que, no está en Afganistán. Que nadie ha lanzado una bomba al lado de su casa. Que no tiene que salir corriendo, en mitad de la madrugada, en un bosque, porque la policía le pisa los talones. Ahora solo hay paz. Silencio. Se asoma a la ventana para cerciorarse, de que, realmente está a salvo. Solo la luz de las farolas y algún que otro paseante nocturno.

Así una y otra vez, hasta que Mohammad se acostumbra al país, a la gente y al idioma. Se integra en el día a día alemán, con trabajo y cursos de idiomas. Amistades que le esperan en su sitio favorito, el gimnasio. Donde pasa su tiempo libre, pues es lo único que le ayuda a que esa tensión que aun queda en si se atenúe y le permita sentirse mejor.

El cartero llega bien temprano en la mañana. Un tazón de muesli con leche en la mesa. Las manos temblorosas y contemplando un gran sobre de color anaranjado con la dirección del Ministerio de Inmigración. No se atreve a abrirlo. Tras un momento para tomar aliento. Lo abre con tal desesperación que el sobre queda rajado en dos, por una de las caras. Zumbido en los oídos. Sudor. Temblor. Se apoderan de su cuerpo. Ahí está. La respuesta que tanto había ansiado. Escrita en un alemán perfecto y burocrático, difícil de entender a la primera en su conjunto.

<<La decisión es la siguiente:

1. *El derecho como refugiado **no se reconoce.***
2. *La solicitud de asilo se **rechaza.***
3. *Un status de protección subsidiario **no se reconoce.** >>*

Pausa. El corazón le late igual, que cuando se encontraba a la huida del horror de su país. Sus planes se desmoronan, quedan reducidos a cenizas. Treinta días para volver a su país. No se puede dar crédito a algo así.

Otra vez la pesadilla comienza de nuevo. El miedo se apodera de él. La esperanza y el valor que habían ido creciendo en él, a lo largo de estos meses, ahora sin sentido. Integración. Se ríe de manera fría. Eso esperaban de mí. Lo hice. Me dejé el espinazo, demostrando que los afganos también se pueden adaptar a otras pautas de vida. Demostrando que no todos los refugiados se sienten bien recibiendo ayudas del estado para pasar el mes, sino currando. Aprendiendo. La integración no ha servido de nada. Treinta días. Solo treinta días para volver al infierno ¿dónde está mi Dios?

La duda en sí mismo se apodera de Mohammad. Yo me pregunto cómo puede una persona, educada para y con la religión, cuestionarse incluso eso, lo más grande en su cultura. Su Dios. Cómo de intensos tienen que ser esos sentimientos, para que la cuestión llegue a esos extremos, que me llegaron a sorprender y a marcar. Porque si un afgano dice eso, es que lo siente profundamente. Es que quiere tirar la toalla. Quiere darse por vencido. Quiere dejar de luchar por sus derechos.

Durante unos días Mohammad, va deambulando, sin saber que hacer, sin comprender porque es rechazado. Sin apetito. La mirada perdida, en no se sabe qué pensamientos. Los demonios de su pasado, llaman de nuevo a su puerta y ya no hay noches de paz. De dormir tranquilo, esperando con ganas la luz del día. Una luz que era ya mucho más intensa y cálida. Miedo. Mucho miedo. Inseguridad. Un nudo en el pecho y nerviosismo. Treinta días se repite una y otra vez. Treinta días.